

oro en cualquier continente). El dinamismo y la simpatía, todo sea dicho, de Alfredo Gómez Gil, que profesa en Yale, sirvieron de catapulta a Francisco Carenas para ensayar una antología que recogiera obra de los poetas españoles dedicados a la enseñanza en USA.

Hela aquí esa selección. La encabeza Jorge Guillén, magister, con algunos inéditos; sigue, por orden cronológico, Joaquín Casaldueiro; Germán Bleiberg—ahora en España—, cuyos poemas tienen el muy especial interés de ser inéditos de un autor que hace tiempo no publica poesía, y los dos originales vienen a mostrar aspectos distintos y maduros de una misma voz; conocido es lo de Ildefonso Manuel Gil, muy impregnado de melancolía otoñal, añoranza; a continuación dos mujeres: Concha Zardoya y Marina Romero, siguiendo Manuel Durán, Tomás Segovia, Jaime Ferrán, con tema de España al canto, en su estilo fluyente; Julia Uceda, nombre no olvidado por aquí; Luis Beltrán, que ha ofrecido recientemente un libro y, cerrando la recopilación, Gómez-Gil, cuya nota bibliográfica es particularmente sabrosa, y sus poemas se refieren con ironía al mundo en que desde hace años vive.

El antólogo apunta que estos poetas son, por lo general, desconocidos en España, en lo que no puedo darle la razón, aunque, como es lógico, no todos son incluidos en las antologías. Ignoro la razón por la que no figura en este florilegio Arturo Serrano-Plaja, hoy en Santa Bárbara (California), y Manuel Mantero, aunque éste lleva aún poco tiempo en Estados Unidos. El interés general de este número no admite la menor discusión y se presta desde luego a ser ampliado.

JM

MANUEL DURÁN: La piedra en la mano. Col. Agora. Alfaguara. Madrid, 1970, 142 págs. Ø15,5x21,5Ø.

Manuel Durán es uno de los nombres incluidos en la antología recién comentada. Enseña en la Universidad de Yale, tiene cuarenta y cinco años, ha publicado cuatro libros de poesía, sin contar el de ahora, y una selección de poesía italiana, aparte de numerosos estudios críticos.

La piedra del verso de Rubén—la piedra dura, porque esa ya no siente—es la que arroja el poeta: Y la tiro, la arrojé: su fuerza es un reproche. Y, después, él mismo se convierte en arco humano y se entrega a una itinerancia que lleva este membrete: vacaciones pagadas, donde Me llenaré los bolsillos de postales / y después, una a una, / me las enviaré a mi mismo alegremente. El viaje se verifica en profundidad, y tenemos una serie de poemas—En la playa es el más brillante—en que naturaleza y persona establecen una convivencia de planos, con buen uso formal del alejandrino blanco.

Decía que, aunque se trate de un viaje real, iba a lo hondo; efectivamente, sin acogerse a un simbolismo cerrado, Durán procura darle a sus vacaciones un contenido metafísico. Así ocurre en Todo está previsto, Hacia otra orilla, La noche y, en particular, El regreso, ya que aquí se plantea el poeta una problemática vital y nos habla de su necesidad de saber dónde está el centro, el origen divino del mundo y dice: Son las preguntas antiguas / y basta preguntarse esas preguntas, / para que las aguas corran más puras, etcétera, y, más tarde, el centro existe, pero ya no podemos regresar a él. Junto a la propensión al desarrollo amplio de una idea, se observa, a veces, el deseo contrario, por ejemplo, en Los ojos y La memoria: Fria compañera implacable, / amiga que de pronto me traiciona, / la memoria me sigue como un perro inquieto.

Tras sendos homenajes a Góngora y Neruda, viene una parte que podríamos llamar de poesía-ficción, impregnada de humor básico, seguida de un conjunto de buenas recetas, como las llama su autor. Prevalce aquí el ingenio sobre otros valores. Es

a modo de la otra cara de algunas de las preocupaciones que asoman en la primera parte de este libro. La propensión intelectual del poeta se asoma a doble espejo. Dicha propensión contribuye no poco a que la hechura y la temperatura poéticas sufran decaimientos, no acierten, a veces, a

darle su importancia a la expresión. Este es el aspecto negativo de La piedra en la mano, mientras el positivo se halla en lo ambicioso del enfoque, en esa autobúsqueda del ser y el sentido del mundo.

JM

POLITICA

MANUEL PIZÁN: El poder y la oposición. Once políticos y tres conflictos. DOPESA. Barcelona, 1970. Ø11x18Ø.

No es fácil determinar la diferencia que pueda haber entre lo que Manuel Pizán llama «muñón de libro» y lo que sus editores califican de «documento periodístico». Con razón lamenta el autor no haber alumbrado la obra importante que sobre el tema se creía en condiciones de realizar y con razón, también, la editorial celebra la publicación de una animada síntesis del momento político tal como corresponde al gusto de los inapetentes lectores españoles.

Por causa de esta inapetencia las conversaciones, los coloquios, las entrevistas y hasta los almuerzos con gente sonada parecen haberse constituido en la España de hoy en el medio más adecuado para la prospección del mapa político nacional y para una moderada movilización de las opiniones. Escritores jóvenes y maduros se recrean en construir mapas ideológicos de situación con base en lo que sobre sí mismos declaran personalidades implicadas de alguna manera en aspiraciones de gobierno.

Nuestros ensayistas de periódico resultan así, probablemente con desazón y éste es el caso de Manuel Pizán, preocupados por lo que estas personalidades dicen. Desde luego, mucho más que por lo que hacen o piensan hacer. Y el lector imparcial deduce que, como todavía no saben por dónde comenzar una acción política, lo único que les urge es hacerse con la cartografía del campo, por si alguna vez hay que pensar en su ocupación.

En el libro de Pizán se llega pronto a la conclusión de que el poder y esa concreta oposición de quienes se ocupa forman un equipo de once jugadores en el que nadie desentona demasiado porque nadie es verdadera oposición al sistema. Es un equipo lleno de las habituales incoherencias de las selecciones nacionales. Cuenta con titulados extremos que juegan sistemáticamente por el centro y con más de un hombre liberado de misiones específicas de creación de juego. No es un azar que las entrevistas más desabridas desde el punto de vista de la simpatía mutua correspondan a personajes cuyo número teórico a la espalda o les ata al marco—el primer entrevistado es Emilio Romero—o les obliga a estar muy cerca de él. Ni es tampoco casual que los números de orden de los jugadores que podrían estar en punta se asignen a Aranguren, Jiménez de Parga y José M.^a González Ruiz.

Con la relativa y poco convincente anotación de que el texto fue redactado en los días del estado de excepción, Pizán se esfuerza en decirnos de casi todos sus interlocutores que son o están muy nerviosos. Pero no pone de su parte nada para tranquilizarlos. Casi parece que el periodista se limita a reunir información sobre el enemigo. No quiere ayudar a la penetración de los once del grupo. Parece más interesado por buscar a otros once capaces de triunfar en toda la línea sobre ellos. García Trevijano ha sido, nos dice, demasiado vago y teórico; Ruiz Giménez ha estado muy nervioso jugueteando incesantemente con el cenicero; Fanjul pronto cumplirá sus bodas de plata con un consejo de administración; Calvo Serer tose y parece interesado en llevarse al centro; Tierno Galván destaca por su infinita paciencia, pero tiene frases elogiosas para un sector del Opus; Aranguren se encien-

de con el fuego de la ira santa de un profeta del Israel presionista; Rodrigo Royo tiene bastantes obras sobre Mussolini e Hitler, pero saca una botella de coñac francés; González Ruiz, como buen meridional, es un hombre nervioso y gesticulante; Ortí Bordás adopta inconscientemente gestos tribuniciosos, y, por último, Jiménez de Parga habla en tono doctoral, aunque muy nervioso.

Como la oposición al sistema no ha salido de las once entrevistas, Pizán se va derecho a sus tres conflictos, el de los mineros, el de los curas y el de las mujeres. El joven redactor de la revista Don Quijote ha querido ser, ante todo, desmitificador de hombres públicos. Los tres conflictos se presentan como una homérica apelación al pueblo. La realidad española, en definitiva, no debe ser buscada a través de las palabras de los políticos. Pero para llegar a este resultado Pizán se podía haber ahorrado las entrevistas de la primera parte. Todo antes que dejar que le llenen las páginas de El poder y la oposición unos intelectuales que sólo en muy pequeña proporción le despiertan esperanza.

MIGUEL ALONSO BAQUER

WILLY BRANDT: Mi camino hacia Berlín. Ediciones G. P. Esplugas de Llobregat, 1970. 286 págs. Ø10x18Ø.

El actual canciller de la República Federal de Alemania había publicado varios libros y muchos artículos periodísticos antes de llegar a alcanzar tan destacado cargo, antes también de ser elegido alcalde de Berlín. Ocupando ya el puesto de burgomaestre de la antigua capital escribió sus memorias, a las que tituló Mi camino hacia Berlín, pues confiesa que su vida y el destino de esa ciudad son inseparables.

Comienza el relato en un instante de gloria: cuando Nueva York le dispuso una acogida triunfal en 1959. Es una presentación del personaje bastante efectista. Pasa después a tomar el hilo por su comienzo, y relata que nació en Lübeck en 1913. Fue inscrito en el registro como Herbert Fruhm, con el apellido de la madre, pues legalmente carece de padre, y nunca ha sabido quién lo fue. Años después, su madre se casó con un albañil, y la pareja tuvo un hijo.

Dice que se afilió a las Juventudes Socialistas por necesidad, porque el socialismo era para su abuelo una religión, y su madre y su padrastro eran miembros del partido socialdemócrata. Poco después del incendio del Reichstag marchó a Oslo, porque, según confiesa, era muy conocido en su ciudad natal por las ideas socialistas que predicaba, y, al carecer de profesión, no podía trasladarse a otra ciudad alemana.

Su partido le envió a Berlín en 1936, con un pasaporte noruego falsificado, para colaborar en la organización de una resistencia al nazismo. Era el momento de los Juegos Olímpicos, y comenta: «Ni una voz disidente perturbaba el alborozado júbilo, pues los gritos y lamentos de los campos de concentración y los estertores agónicos de las víctimas torturadas no llegaban al estadio..., y ni siquiera al Kurfürstendamm. No obstante, en el Wedding, en los suburbios donde vivían los obreros, llegaba un débil eco» (págs. 74-75).

Poco antes de estas palabras se lee: «La constatación de que el pueblo ale-

mán difícilmente podría hallar la fuerza necesaria para liberarse por sí mismo, nos llevó pronto a la conclusión de que el régimen de terror pardo conduciría a una segunda guerra mundial» (pág. 69). La impresión general que obtiene el lector es que un grupo de nazis sojuzgó al pueblo alemán, gracias a la ayuda de los campesinos acaudalados y de los grandes industriales; pero la masa obrera estaba contra Hitler. Lo que no se explica es quién hizo la guerra, por qué los soldados no sólo no desertaban, sino que iban a luchar a todos los frentes hasta el último momento; por qué los jóvenes se alistaban voluntarios; cómo un puñado de camisas pardas pudo someter a todo un pueblo.

En febrero de 1937 vino a España. Afirma que la mayor parte del tiempo la pasó en Cataluña, y observó la actividad de los stalinistas contra el POUM, lo que le llevó a escribir entonces: «El Comintern está decidido a destruir todas las fuerzas que se nieguen a obedecer sus órdenes. Es por esta razón que el movimiento obrero internacional debe alzarse contra él.» Según propia confesión (pág. 83), esta denuncia hizo que se le considerara no ya como un «social-fascista», sino también como «agente de Franco» y «espía de la Gestapo». En seguida niega su participación en las Brigadas Internacionales: «No me habría avergonzado si—como algunos de mis amigos en el frente de Aragón—hubiese defendido con las armas la causa de la República española. Sin embargo, no fue así; mi actividad estuvo limitada a la tarea política y literaria» (págs. 83 y 84).

Le fue quitada la ciudadanía alemana en 1938, y solicitó la noruega. Cuando sus antiguos compatriotas invadieron Noruega, él se refugió en Suecia y continuó escribiendo en los periódicos, lamentando que en su patria de origen no hubiera una resistencia más activa contra Hitler.

Tampoco durante la guerra mundial tocó un arma. Su acción será calificada, por unos, de una manera, y por otros, de algo muy distinto. Regresó después a Alemania, como periodista noruego, para informar sobre el proceso de Nuremberg, y en 1946 fue nombrado agregado de Prensa de la Embajada noruega en Berlín. Al año siguiente renunció al cargo y a la ciudadanía porque el dirigente de la socialdemocracia alemana, Schumacher, le propuso que se encargara de la oficina de enlace en Berlín del Comité ejecutivo del partido. Solicitó la nacionalidad alemana, y entonces tomó de manera oficial el nombre con que había ingresado en el partido, el de Willy Brandt.

Desde entonces, si, su vida está ligada a la suerte de Berlín, ese Berlín que no es ni ciudad ni Estado ni capital, ese Berlín donde «la mitad de nuestros ciudadanos pasan de los cincuenta años, el diecisiete por ciento de los sesenta y cinco» (pág. 253).

Pero a Brandt le convenía así: «La democracia no sólo debe ser viviente, sino también agresiva. No cabe duda de que fue legítimo el que, de acuerdo con la Constitución, el Tribunal Supremo proscribiera al partido comunista en la República Federal. Pero ¿fue práctico? Me alegré, por ejemplo, de que esta decisión del Tribunal constitucional federal no fuese aplicada a Berlín, para que así pudiéramos tener la oportunidad de liquidar, mediante votación, a los reaccionarios del partido comunista unificado» (pág. 276).

Es de esperar que esa agresividad del alcalde no la mantenga el canciller, el hombre de la apertura al Este. Llegaba hasta el extremo de lamentar que no hubiera habido un alzamiento sangriento contra Von Papen cuando disolvió el Gobierno: «Hoy día resultaría evidente que la resistencia activa que los dirigentes republicanos consideraban como "insensata" habría tenido, en definitiva, algún sentido. Aun suponiendo que la lucha hubiese costado muchas vidas, hubiera probado al mundo, cuando menos, que una gran parte del pueblo alemán creía en la democracia» (pág. 48).

La traducción de Antonio Ribera es, en general, correcta, aunque a veces no lo sea el empleo del relativo.